

venes alineados en cohortes, centurias y legiones bajo el signo de los lábaros y de los fascios, habría reconocido la última y más poderosa encarnación de aquél a quien había esperado y llamado tan vanamente. Y para este viejo republicano habría sido una tentación la de levantar su mano en un saludo a la romana y dejar que escapara por primera vez de sus labios, aquel grito: ¡“Ave César”!

Pero a medida que hubiesen pasado los años y se hubiese alejado la crisis que motivó la dictadura; a medida que se hubiesen fomentado, como consecuencia del ejercicio inmoderado de esta dictadura, amenazas que ponen en juego la existencia misma de Italia y del mundo, el autor de los “Discursos” se habría visto tentado a servir a este nuevo héroe de Tito Livio, de muy diferente modo que con aplausos. Entonces, procurando entrar en el secreto de sus Consejos, Maquiavelo hubiese murmurado entré las sombras del palacio de Venecia: “No te dejes extraviar por la gloria de César, al oírla ensalzar por los escritores; los que le tributan elogios habían sido corrompidos por los tesoros y no tenían derecho a hablar de él libremente. Si tú quieres saber lo que serían los escritores *libremente*, atiende a lo que dicen de Catilina, y mira también con cuántos elogios se honra hoy a Bruto”.

Los Hijos de la Raza Mártir

Por MAURICE M. FEUERLICHT

El hijo de un rabino pregunta qué parte han tomado los mismos judíos para que se perpetúe el prejuicio contra su raza.

(Artículo condensado en el “Readers Digest” del periódico “The Forum”).

DESDE muy niño supe que era judío y que existía un “problema judío”. Con el transcurso del tiempo he sabido, además, que los judíos no actúan como seres normales, y cuando digo normales, me refiero simplemente a la mayoría de ciudadanos.

Soy hijo de un rabino y producto de un ambiente típicamente judaico, de modo que no puedo tener prejuicios contra los de mi raza, ni tengo intención de evitar que se me conozca como judío, pero no creo que existan judíos de nacimiento. La conciencia de ser judío es cultivada constantemente desde el momento que tenemos uso de razón; toda enseñanza religiosa tiende a recordarnos, desde muy temprana edad, que no somos como los gentiles. Mi recuerdo más remoto es el de la celebración de la Fiesta de las

Lucas, o Chanukah, cuando me senté a los pies de mi padre, al igual que lo habían hecho innumerables muchachos judíos, y le oí contar la interesante historia de Judas Macabeo y sus valientes compañeros que arriesgaron la vida por su religión. Encendí las velas y canté:

“Hijos de la raza mártir,
libres o encadenados,
despertad los ecos con vuestro canto
doquiera os halléis dispersos”.

El tema de “Hijos de la raza mártir”, lo tenía tan profundamente arraigado en la subconsciencia, que llegó a ser un elemento básico de mi vida emocional. Casi las primeras palabras que yo entendí, fueron “pueblo oprimido”, “mártires”, “prejuicios”, “persecución”. Cuando los muchachos gentiles me llamaban “judío”, mis padres me explicaban cuidadosamente que lo que ellos querían era insultarme y que los judíos eran despreciados en el mundo.

La instrucción que yo recibía en mi hogar, nunca me permitió olvidar el pasado. Todo chiquillo judío sufre los dolores de la persecución que hace más de tres mil años resiste su raza. Después de la fiesta de Chanukah, recuerdo que celebré la Pascua Hebrea y oí al Faraón con todo el fervor de mi corazón infantil, porque había perseguido a los judíos. Para no olvidar la precipitada fuga por el Mar Rojo, comí pan sin levadura en recuerdo de las penalidades sufridas dos mil años antes. En la escuela dominical, mientras los compañeros aprendían cuentos de hadas y jugaban con soldados de plomo, yo estudiaba las torturas de la Inquisición en España y el confinamiento de los judíos en sus distritos o ghettos.

De la misma manera que todos los otros chiquillos judíos, yo me desarrollaba con un “complejo de persecución”, que se hizo más fuerte a medida que crecía. No conocí muchos de los principios religiosos del judaísmo, pero en cambio supe todo lo referente al caso Dreyfus, al Ku Klux Klan, las restricciones que sufrían los judíos en los colegios, hoteles y clubs. Ese conocimiento más que cualquiera otro es el que constituye la conciencia judía que ahora tenemos, puesto que somos más conscientes de los maltratos que sufrimos que de nuestra religión.

Una persona que tiene un “complejo de martirio” quiere siempre responder cualquier golpe ciegamente. La presencia de un gentil en cualquier función social judía es severamente criticada por los mismos judíos que están más deseosos de tener entrada a las funciones sociales de los gentiles. Si un judío comete la nefanda ofensa de casarse con una gentil, siente en contra de él toda la fuerza del prejuicio que los judíos se han hecho alrededor de sí mismos.

Las consecuencias trascendentales del complejo de martirio van más allá de cualquier efecto sobre el individuo judío; sin embargo, no pasan inadvertidas aun entre los gentiles más favorablemente inclinados hacia los judíos. Como el judío es demasiado sensitivo en el asunto de su judaísmo, los gentiles temen ofrecer crítica cons-

tructiva para que no se les acuse de tener prejuicios. Así es como se le niega al judío el beneficio de la apreciación sincera de las verdaderas diferencias y prejuicios existentes.

Lo trágico de esta actitud es la inconsistencia de parte del judío, que se queja amargamente porque no es aceptado por el mundo como individuo, en primer lugar, y luego, como judío, olvidando que su propia reacción es, ante todo, como un judío. Si los periódicos publican la noticia de que "Isaac Rubens, de veintiséis años, y judío, robó la noche anterior en la tienda de abarrotes de Smith", todos los judíos de la ciudad se levantan en armas contra el editor del periódico por el libelo gratuito, mas si Alberto Einstein da a conocer una teoría científica revolucionaria, aquellos mismos judíos se enardecen de satisfacción con la frase "el gran científico judío". Debemos, pues, decidir si queremos que el mundo piense de nosotros como individuos o como judíos.

Nuestro complejo de persecución nos hace anormales para tratar a nuestros vecinos. El judío que no tiene éxito en la escuela, el que no consigue trabajo, no puede formar parte de un club, ni vender su mercancía, dice: "Ellos tenían prejuicio contra mí, porque soy judío". Muy pocos de nosotros tenemos el valor de admitir que la falta puede residir en nosotros mismos. En general la humana naturaleza quiere hallar siempre la culpa de sus fracasos en cualquier parte, excepto en su propia casa, pero en nosotros los judíos esto se hace un hábito mental, con el que constantemente tratamos de remediar o curar las heridas de cualquiera de nuestros deslices.

En la notable escuela del Este, a la que yo atendía, más del quince por ciento del alumnado era judío, varios de los distinguidos miembros del cuerpo de profesores eran de la misma nacionalidad y, sin embargo, al colegio se le achacaba parcialidad en las admisiones, y un número increíble de padres de familia, judíos, le hacían también pasmosos cargos de prejuicio, porque sus hijos no habían logrado formar parte de un equipo, de una fraternidad o de una oficina y también en sus estudios. Por mi trato diario con ellos, yo sabía que muchos de esos muchachos que habían fracasado eran perezosos, malcriados, mimados y que constantemente demostraban su actitud de reto, de manera que, aunque hubieran sido presbiterianos o partidarios de Confucio, eran individualmente elementos nocivos.

Gran número de ejemplos similares podrían darse en cada aspecto de la vida y en cada tipo de judío. Muchos de los casos de verdadero prejuicio no desvirtúan el hecho de que, a menudo, el prejuicio atribuido a una raza no es más que absolutamente personal. La mayoría de los gentiles son imparciales y juzgan a los individuos por sus propios méritos. Es el judío, con su actitud beligerante, quien se crea falsos problemas y hace que los gentiles lo teman.

(Traducción de Julia Mac Lean Viñas).

La Cultura Francesa en la América Latina

Por EDUARDO AVILES RAMIREZ

EN "Le Figaro", esta mañana, encontramos una noticia que tiene una significación singular y que puede tener, andando el tiempo—si se realiza—una resonancia de cultura incalculable. Según la noticia del "Figaro" la Universidad de México invitará anualmente a tres profesores especializados de las Universidades de París, para que lleguen a dictar cursos complementarios. Al mismo tiempo la misma Universidad nos enviará un número x de alumnos eminentes, para que realicen en París una serie de cursos complementarios en esta Universidad.

Consignada así, en pocas líneas, seca de todo comentario, la noticia tiene una importancia vaga y relativa. Pero si profundizamos un poco en ella, si la contemplamos con las posibilidades civilizadoras que encierra, esta noticia vale bien una batalla ganada con anticipación.

La civilización es una cosa preciosa que nos llegó de Europa.

Una de las grandes fuentes dispensadoras de civilización ha sido, desde hace veinte siglos, la nación francesa, pero especialmente la América (la del Norte comprendida) ha sentido la influencia profunda de esa civilización irradiada por Francia.

¿Desde cuándo? Desde, creo yo, mucho antes de la Revolución Francesa. Los criollos de Lima y de México, los espíritus selectos de Buenos Aires y de la Habana leían a escondidas a los Enciclopedistas. Y digo a escondidas, porque las estúpidas autoridades coloniales no dejaban entrar por las aduanas aquella "peste roja" (así como ciertos gobiernos estúpidos de nuestros días prohíben en sus aduanas la entrada de la literatura marxista). En la distancia y en el tiempo los viejos y los nuevos estúpidos siguen llamando a unos y a otros "peste roja"...

El estallido de la Revolución Francesa fue para aquellos criollos una especie de esplendorosa aurora. Todos, sin conexión los unos con los otros, en forma aún de nebulosa, pensaban establecer en América una civilización y una cultura, pero naturalmente a base de la independencia política. La Revolución Francesa les proporcionó las dos primeras y la tercera, de golpe. Por entonces ya nuestros criollos pudientes se habían impuesto la obligación de venir a Francia todos los años, y volvían a América nutridos de ideas "subversivas". La "peste roja" les picaba el cerebro y el corazón, los dos órganos que debían haber sido puestos a salvo de esas contaminaciones "disolventes", según el criterio de las autoridades de entonces. Se sabían de memoria a Rousseau, a Voltaire, a Saint-Simon. Recitaban tiradas inflamadas de Saint-Just, de Mirabeau, de